

PÍO MOA *se*

**sonaron**

**GRITOS  
Y  
GOLPES**  
**a la puerta**



Lectulandia

Barcelona, 1936. En las convulsiones de la época, un joven presencia la horrenda muerte de su padre y su destino queda marcado. Durante diez años vivirá intensamente la violencia de tres guerras, «el esplendor y el horror» de la época, hasta descubrir la verdad que escondían los ojos del asesino, que le desvelan la verdad sobre sí mismo. En esta novela, los personajes obran y chocan entre sí arrastrados por las turbulencias de unos años duros y apasionantes. Gran parte de los hechos que sirven de marco a la acción fueron reales. Entre ellos, un asesinato casi idéntico al suceso inicial, la conspiración catalanista contra Companys, el infierno de Posad, las intrigas de espías del Embassy, hasta la emboscada a varias partidas del maquis con la que finaliza este relato.

**Lectulandia**

Pío Moa

# **Sonaron gritos y golpes a la puerta**

ePub r1.0  
FLeCos 01.10.16

Título original: *Sonaron gritos y golpes a la puerta*  
Pío Moa, 2012

Editor digital: FLeCos  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A Lola y a Laura

# Primera parte

---

LA CATÁSTROFE

---

## Capítulo 1

*1999, 23 de octubre*

**H**oy se cumplen tres años del fallecimiento de Carmen, y solo desde hace pocas semanas vuelvo a sentirme dueño de mí. Dicen que el luto conyugal, el luto anímico, puede durar dos años; en mí se ha prolongado más. Miro atrás y creo ir despertando de una pesadilla, del doliente absurdo al que me enviaba la herida de su ausencia: aquellos días en que no podía permanecer en la casa de ambos porque cada rincón, cada mueble, estaban impregnados de ella y de las canciones que solía cantar mientras trajinaba con las labores domésticas; y tampoco fuera, pues al poco de salir a la calle me atenazaba una angustiada urgencia por regresar, como si aún pudiera encontrarla a la vuelta. Habían desaparecido las ganas de vivir que antes conservaba a pesar de mi edad y de una veta subyacente de tristeza que siempre me ha acompañado. Y había llegado la pesadumbre, el remordimiento de no haberle dado tanto como ella a mí, de no haber vivido con plena consciencia una dicha de cincuenta y cuatro años. Si alguna vez fue cierta la frase bíblica «una sola carne», debió de ocurrir en nuestro caso. Había sido tan fácil, tan natural la convivencia, tan pocas las riñas serias, que cuando ella faltó sufrí como un tajo en mitad de mí mismo, por una felicidad perdida tanto más estimable entre los fracasos familiares de muchos amigos y conocidos. Ante su rostro céreo e inmóvil en el ataúd, sentí que mi vida perdía sentido. Mi aspecto abatido, un mes y otro, llegó a hartar a los amigos: «¡Deja ya esa cara mustia, tío muermo! ¡La vida sigue...!». Podría haber cortado mis días, de haber conservado energía para tanto.

Mis hijos y el médico me recomendaron cambiar de aires. Dejé, pues, Madrid, y vine a este apartamento junto a la playa de Panxón, no lejos de Bayona. Lo habíamos apalabrado ella y yo para pasar los veranos o quizá, si nos gustaba, lo que nos restara de vida; pero Carmen contrajo su penosa y rápida enfermedad, y no había podido disfrutarlo. Aquí, al menos, todo era nuevo y, con el paso de las semanas, la presencia de ella en mi mente iba perdiendo consistencia. Playa bulliciosa en verano, solitaria desde el otoño, y de escaso contacto social para mí, que no lo necesitaba y lo rehuía. Aun así, los primeros meses fueron insoportables: despertar por las mañanas con el deseo de que la jornada transcurriera cuanto antes para volver a acostarme, a dormir... Con esfuerzo me aseaba, salía a pasear, a comprar prensa deportiva o de pasatiempos, pues la política me desazonaba. Subía al monte Ferro a contemplar las islas Cíes echadas como tres enormes dragones grises sobre la superficie del mar; entraba en las tascas de los lugares próximos a tomar cualquier cosa e intercambiar breves frases, alguna conversación trivial con otros parroquianos... Y pronto volvía

al apartamento, a leer cualquier libro en el balconcillo oyendo, sin escucharlo apenas, el rumor monótono de las olas, a levantar la mirada al paisaje majestuoso, a los montes oscuros de pinos o eucaliptos del interior. Al poco, una comezón me obligaba a bajar de nuevo a la calle. Con lentitud fui recobrando la presencia de ánimo. El alboroto de los veraneantes, luego el sosiego del otoño, las lluvias, las galernas invernales, el florecer primaveral, todo eso me reanimaba. Volví a apreciar las visitas veraniegas y las llamadas telefónicas de mis hijos y sus familias, que al principio me incordiaban. Hasta sigo la corriente a la cháchara infatigable de la asistenta, con sus cotilleos y afición a explayarse sobre enfermedades y desgracias horripilantes en una mezcla de gallego y castellano. Viene dos veces por semana y le contesto con cierta atención; contraste con el humor cáustico que me achacaban mis conocidos.

El médico me recomendó escribir un diario. Hice el esfuerzo, ímprobo al principio. En varias ocasiones, desde la adolescencia, me había propuesto escribir uno, pero nunca lo había proseguido más de una semana. Releo las anotaciones de estos años y me da risa su insignificancia: «Bajé a comprar pan». «Pagué a la asistenta». «Compré el *Marca*». «Charlé con Pepe, el camarero, pero no recuerdo de qué». «Intento releer a Pío Baroja y no me concentro». «Anduve hasta Bayona y comí algo en la taberna El Rincón». «Fui a Vigo, al cine. La película me distrajo, pero no me interesó» (tan poco que ni siquiera mencioné el título)... No analizaba, ni siquiera describía, mis pensamientos ni mi situación, porque ello me afligía en lugar de calmarme. Algo me habrá ayudado, de todas formas, consignar tales minucias. Lo que más me consolaba eran los relatos de humor, tebeos como los de *Mortadelo y Filemón*, o películas o series cómicas televisivas. Ellos me alejaban de un opresivo vacío, del que ningún libro de filosofía me hubiera salvado.

Desde hace un par de meses los comentarios han ido haciéndose mejor hilvanados. Puedo leer enterándome. Ahora pienso con agrado en invitar a amigos, viejos como yo pero aún enteros, a pasar unos días y charlar de esto y lo otro a la lumbre de la chimenea en las tardes de otoño e invierno, o a pasear por las playas y alrededores semidesiertos. Otra vez puedo discutir de cualquier tema sin caer en una ansiedad paralizante. Hoy me encuentro mucho mejor y creo que volveré a pasar con alguna alegría mi tiempo de vida restante. Antaño, muy antaño, pensaba que moriría joven, y realmente pudo haber ocurrido así bastantes veces, pero he aquí que he superado los ochenta y, si todo va bien, veré el nuevo milenio.

El día 1 iré a Madrid a visitar su tumba. Confío en no recaer...

## 28 de octubre

Casi nunca recuerdo los sueños, o me queda de ellos una impresión muy leve, pero el de anoche seguía grabado en mi mente al despertar. Iba de la mano con una mujer joven a lo largo de una senda bordeada de cipreses cruzada por otras sendas también



con cipreses. Las afiladas terminaciones de las copas ondulaban levemente por una brisa que abajo, en cambio, no se notaba. Debía de ser un cementerio, un enorme cementerio, pues llenaba el paisaje y no se distinguía nada fuera de él, ni montañas ni casas; aunque no quedaba del todo claro qué era, pues los árboles, muy juntos, apenas dejaban distinguir los espacios entre ellos, detrás de los cuales tendrían que hallarse las tumbas. Ninguno de los dos mirábamos a los lados. El sendero ascendía suavemente, y al llegar a lo alto descendía con la misma suavidad hacia una mancha blancuzca y lejana, acaso una capilla o una ruina: no se distinguía bien, porque atardecía y la luz se difuminaba. El cielo estaba cargado de nubes plomizas y oscuras, apenas coloreadas de naranja en un extremo por un sol débil. Caminábamos sin intención precisa hacia la mancha blanca, empujados por una fuerza misteriosa contra la que yo sentía una vaga rebeldía. La mano y el roce de mi acompañante me producían un intenso deseo físico teñido de una melancolía augural, a tono con el escenario. El sueño no tenía más argumento que la simple marcha, paso a paso, hacia la posible ermita. Al aproximarnos a ella su color cambió a rojizo. Quizá ardía. Entonces me despertaron los pitidos de un coche en la calle. Lamenté la interrupción cuando el sueño parecía acercarse a un final inteligible. Aquella mujer no era Carmen.

No creo en las interpretaciones de los sueños, pero este me dejó impresionado para el resto del día, como si contuviera un enigma. Tras asearme di un paseo hasta una cafetería de Panjón. Debía de estar muy abstraído, y el camarero me preguntó si me ocurría algo. Reaccioné con una breve y tonta risa: «He dormido mal, nada más». «Ah, bueno, como parecía estar usted en otro mundo y no me hacía caso cuando le pregunté qué quería...». «¡Vaya...! Lo de siempre, café con leche y unos churros».

Continué el paseo contemplando la masa oscura de los pinares de los montes, punteados aquí y allá por los otoñales amarillos y rojizos. Los plátanos, en alguna plazuela de La Ramallosa, también se teñían de cobre. Luego, la jornada normal. Leer un poco, hacerme unos bocadillos para comer. Me gusta almorzar con bocadillos de jamón, queso y chorizo, acompañados de vino, ensalada y fruta, una vieja costumbre juvenil recuperada tras el fallecimiento de mi esposa. Telefoneé a amigos de Madrid para incitarles a visitarme y concluí que, pese a estar todos jubilados y no atarles el trabajo, me sería más fácil a mí ir hasta ellos que atraerlos a aquel lugar. La soledad, que agradecí largo tiempo, me pesa ahora: ¡debo hacer algo para escapar de esta penosa fuga de la vida! Bajé a la playa, tratando de meter en la conciencia los ruidos del mar y las gaviotas, de los coches lejanos, de los árboles mecidos por la brisa.

Ahora, después de cenar, han vuelto a asaltarme las imágenes del sueño. Quizá esta noche continúe su argumento, a veces me ha pasado.

*29 de octubre*

... De lo que haya podido soñar, no recordaba nada al despertarme. Mañana salgo para Madrid...

## 2 de noviembre

Ayer, reencuentro con amigos, con los hijos y nietos, con Carmen, allá enterrada... Melancolía sin pesar. No tengo ganas locas de vivir, pero aquello, el luto abrumador, no ha vuelto. ¿Adónde irán los afectos, las ilusiones, los odios, las preocupaciones que rodean como un halo la infatigable actividad de los hombres? ¿Se desvanecen con la muerte? ¿Y qué significa ahí la palabra desvanecerse?

## 4 de noviembre

No ha vuelto el sueño ni nada relacionado con él; o bien lo olvidé siempre al despertarme, pese al anhelo de saber cómo concluía.

Hoy he ordenado los libros. Al venir aquí traje un montón de ellos desde Madrid, tomados a voleo de la biblioteca y apartando los de mi antiguo oficio, profesor de filosofía: novelas, biografías, historias variopintas que distrajeran mi abatimiento. No había abierto la mayoría. Saqué varios de la balda y uno cayó al suelo, abriéndose con el canto hacia arriba: *Sin novedad en el frente*, de Remarque. Al recogerlo saltó de sus hojas una fotografía: un grupo de hombres con las siluetas deformadas por gruesas vestimentas, delante de una cabaña de troncos y con un fondo de nieve. Varios empuñaban armas o las llevaban colgadas del hombro. Sus caras se distinguían mal, alguno parecía casi un niño. Todos sonreían y uno reía con la boca abierta y la cabeza echada hacia atrás. Identifiqué enseguida a uno de ellos: yo mismo, ¡tan joven! El reconocimiento me golpeó como un trallazo. Los recuerdo a todos, en especial a tres, aunque los nombres de pocos. ¿Por qué sonreíamos...? Alguien habría hecho algún comentario chistoso. ¡Cuántos años! No debe de quedar ninguno sobre la tierra. A la mayoría les perdí el rastro; de uno, Paco, especialmente querido para mí, quedarán los huesos perdidos por algún rincón de los Balcanes. Me asombro de cuán olvidado he tenido en este medio siglo aquella vida tan distinta de la posterior rutina doméstica y amable, clases en la facultad, los hijos, las excursiones, las vacaciones...

Había alejado de mi mente aquella juventud como quien guarda papeles inquietantes en una habitación, la cierra con llave y no vuelve a abrirla. Y contemplar la foto fue como echar abajo la puerta y provocar una corriente de aire que barriera el polvo acumulado en muebles y fajos de papeles. La memoria volvió a mí con la deslumbrante nitidez de las aristas de los montes de la ría de Vigo cuando sopla un viento del norte, invernal, frío y sin nubes. Y me embargó una nostalgia desesperada

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

